



INSTRUIR DELEITANDO



LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CÁRLOS FRONTEIRA

CON LA COLABORACION

DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO VI

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE JULIO Á FIN DE DICIEMBRE DE 1872)

MADRID

ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS

PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2

MDCCCLXXII

AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEXTO VOLÚMEN

ESPAÑOLES

FERNAN CABALLERO.—SRAS. DOÑA CONCEPCION ARENAL.—DOÑA PILAR PASCUAL DE SAN JUAN.—DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.—SEÑORES D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—DON RAMON DE CAMPOAMOR.—D. ANTONIO ARNAO.—D. FERNANDO FULGOSIO.—D. TEODORO GUERRERO.—D. RAMON SEGADE CAMPOAMOR.—DON JUAN CANCIO MENA.—D. FRANCISCO LUIS DE RETES.—D. PEDRO DOMINGO MONTES.—DON EDUARDO THUILLIER.—D. AURELIANO JIME-

NEZ.—D. MARIANO DE LA ROCA Y DELGADO.—D. JUAN A. VIEDMA.—D. RICARDO SEPÚLVEDA.—D. FLORENCIO JANER.—D. NARCISO SERRA.—D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—DON FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.—D. MANUEL JOAQUIN PASCUAL.—D. EUSEBIO BLASCO.—D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.—D. GABRIEL FERNANDEZ.—D. RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.—D. W. NOEL.—D. FRANCISCO VARGAS.—D. CARLOS FRONTAURA.

EXTRANJEROS

MME. GIRARDIN.—LUCIEN BIART.—MONTMAIN.—D'ALTEMONT.

DIBUJANTES

PADRÓ (D. TOMAS Y D. RAMON).—JIMENEZ.—GUISASOLA.—ARRUFAT.—SMIT.—NAO.

GRABADÓRES

BÚRGOS.—CAPÚZ.—TORO.—MASI.—TRAVER.—PEREZ.



PRECIO DE LA SUSCRICION.

	En Madrid.	En Provincias.	En el Extranjero.	En América.
Un trimestre.....	12 rs.	15 rs.	»	»
Un semestre.....	22	28	»	»
Un año.....	40	50	18 frs.	5 1/3 ps. fs.
Un tomo encuadernado...	24	30	10	3

MADRID.—IMPRESA DE «LOS NIÑOS,» CALLE DEL CID, NÚM. 4 (RECOLETOS)



EDUCACION

IMPORTANCIA DE LA SIGNIFICACION DE LAS PALABRAS

Después de las consideraciones generales que expusimos en el artículo inserto en esta Revista el 10 de Junio último (número 16, tomo quinto) acerca de la naturaleza del ser racional y el desarrollo lento, aunque progresivo, de su inteligencia, nos consideramos en el caso de entrar en algunas aplicaciones de nuestra doctrina, dirigidas á manifestar la importancia de inculcar ciertas ideas en los niños, pues que de su adopción y de su práctica fórmase insensiblemente el corazón del hombre, que en adelante decide de su dicha ó de su infortunio.

La juventud, edad de pureza y de candor, tabla tersa que recibe pasiva los caracteres que en ella trazan diversas manos, tan angelical como inexperta, ya puede ser conducida al abismo, como arribar tranquila al puerto de la felicidad.

La educación, el ejemplo, los ami-

gos y los libros, que de una manera indiscreta suele presentárseles, son poderosos agentes que engendran las convicciones, caracterizan los hábitos, y su repetición viene á formar las costumbres.

No es posible negar la incuria con que se mira el enseñar á los niños la verdadera acepción de las palabras, y aunque esto parezca insignificante, de ello depende muchas veces el formar idea equivocada de los conceptos y de las acciones humanas.

Hay en el hombre sentimientos morales que se manifiestan desde los primeros años de la vida, y de los cuales algún día nos ocuparemos; hay también pasiones violentas que algunos confunden con los primeros, y si bien es cierto que según el grado de desarrollo que adquieren pueden degenerar en aquellas, no siempre esto sucede; y aún es raro que una cualidad sublime

se convierta en defecto abominable.

El *orgullo* y la *vanidad* se encuentran en este caso; sentimiento el primero, y pasión la segunda; pero hay más: y es que comunmente se consideran sinónimos del orgullo ó derivados de él, no sólo la vanidad, sino también el aprecio de sí mismo, el amor propio, la presunción, el pundonor, la dignidad personal, la soberbia, la inmodestia, la impudencia, la altanería, la arrogancia, etc., y hasta el *yo*, que es puramente el egoísmo.

De aquí el llamar vano al orgulloso, presumido al que estima en algo su dignidad personal, lleno de amor propio al joven pundonoroso.

Dícese vulgarmente *depravacion* ó *corrupcion* de las costumbres, y es bien diferente uno y otro significado, por más que ambas palabras designen la mudanza del bien al mal; pues la depravacion denota físicamente la alteracion de las formas, de los caracteres sensibles, defecto de regularidad, oposicion directa con las reglas del orden y de lo bello, mientras que la corrupcion es la alteracion de los principios, de los elementos sustanciales de las cosas, defecto de pureza, tendencia á destruir cualidades y virtud, opuesta á lo bueno; un juicio no puro, es corrompido; pero impropriamente se le llamaria depravado.

La palabra *tipo*, derivada del griego, que significa rastro, huella, vestigio, la confunden muchos con la palabra *modelo*. A menudo oímos: es un tipo de virtud ó de belleza; es un modelo de hijos ó de jóvenes; y sin embargo es absurdo este lenguaje, porque el tipo denota forma, figura, imágen; por eso la imprenta se llama tipografía. Modelo no procede del griego, sino del

latín, y denota medida, regla de escultura; no como son en sí los objetos, más bien como deben ser. Del primero se sacan copias por impresion, del segundo por imitacion.

También es frecuente equivocar *dudoso* y *problemático*. No hay motivo para tomar partido en lo que ofrece duda: no hay *razon* para faltar en lo que es problemático: para lo primero se requieren argumentos sólidos: para lo segundo se necesitan ideas claras.

Suele decirse indistintamente *palabra* y *voz*, cuando se elogia á un orador notable: su voz es elocuente, ó su palabra fácil: y es preciso comprender que la voz designa el sonido, y la palabra la idea: por eso se dice: tiene una voz áspera, desagradable, y no una palabra áspera, dura, etc.: se usan palabras tiernas y voces dulces, pero nunca al revés.

Atribuir é *imputar* suelen emplearse como sinónimos, habiendo no obstante una notable diferencia entre lo uno y lo otro. Atribucion puede ser la asignacion de un sueldo, de trabajo ó de cargo, y atributo, la cualidad que distingue un objeto. Imputar lleva consigo la traslacion, y como sinónimo de atribuir, opone una operacion complicada á otra simple, como que ofrece idea de cómputo, de cálculo ó de combinacion. Se atribuye una accion mala ó buena á un sujeto; pero ántes se imputan las malas que las buenas, el vicio y la virtud: atribuir se usa en el sentido físico: imputar se emplea en el sentido moral.

Las palabras griegas *paralogismo* y *sofisma*, se prestan igualmente á emplearlas con alguna impropiedad: la primera denota engaño por racionios artificiosos, por conclusiones capciosas

ó falaces: la segunda, fraude, sutileza, astucia. Ambas inducen á error: el paralogismo es contrario á las reglas del raciocinio; el sofisma es al revés.

Reconocimiento y gratitud se usan por lo comun como equivalentes, siendo así que el primero es la memoria de un servicio; la segunda el sentimiento inspirado por él: aquel es el *animus memor* de los latinos; esta su *gratus animus*. Publicar un beneficio recibido, es un acto de reconocimiento: amar al bienhechor, es acto de gratitud.

Seria interminable describir la impropiedad, la diferencia y antinomia que ofrecen otras muchas palabras que se consideran sinónimas.

La confusa idea que resulta de lo que significan, así como de la desacertada clasificación que se hace de las facultades del alma, induce muchas veces á errores de alguna trascendencia, ó por lo ménos á desconocer por completo las causas y orígenes de las acciones humanas.

M. J. PASCUAL.

EL PADRE NUESTRO

¡Oh! Padre nuestro adorado,
Que llenas el infinito,
Tu nombre sea bendito,
Tu nombre santificado:
De Tu reino deseado
Veamos la majestad,
Tanta dicha Tu bondad
Nos dé pura, sin recelo,
Y en la tierra y en el cielo
Hágase Tu voluntad.

Dame el preciso sustento
Que hé menester cada dia;
Preserva la vida mia
De mal y de sufrimiento.
La tentacion ni un momento
Fuerte aparezca conmigo,
Y Tú, invisible testigo,
Niégame el perdon severo
Si no perdono primero
La ofensa de mi enemigo.

LA SALVE

¡Dios te salve! Reina y Madre
De amor que á todos alcanza,
Vida, dulzura, esperanza
Del que otra no conservó.

¡Dios te salve! A tí llamamos
De este mísero destierro
Todos los que de Eva el yerro
En triste llanto sumió.

Vuelve á nosotros tus ojos,
Vuélvelos, dulce Señora,
Generosa protectora
De este valle de dolor.

Y despues de este destierro,
Donde todo es llanto y luto,
Muéstranos el santo fruto
De tu celestial amor.

¡Oh! ¡Tú, que tambien lloraste!
¡Oh! ¡Clementísima y pia!
¡Oh! ¡Dulce Virgen María!
Pide, intercede por nos,
Para que dignos seamos
Por tu ruego siempre oido,
Del cielo que ha prometido
El Hijo tuyo y de Dios.

CONCEPCION ARENAL.

EL GALLEGUITO



Quéreche , meu cabaliño ,
quem che dá tan bo mimiño.

LECCIONES MORALES

LA INGRATITUD

I.

El príncipe Manfredo era hijo único de un sabio y prudente soberano que hace más de trescientos años reinaba en un pequeño estado del Norte de Europa. Los historiadores no se han ocupado en consignar en sus crónicas la memoria de este rey para que la posteridad admirara sus glorias, y no es extraño. La humanidad, por lo general, es frívola, y sólo las pomposas apariencias subyugan su atención. Por eso en los fastos de la fama encontrareis minuciosamente referidas las hazañas y las grandezas de aquellos príncipes que se distinguieron por sus empresas guerreras, por sus grandes conquistas, por sus fastuosas riquezas, y por la grande extensión de los países que dominaron, pero no vereis que la historia haga mención de aquellos príncipes modestos que reinaron sobre una pequeña comarca, que no sostuvieron guerras con sus vecinos, ni legaron á los siglos monumentos asombrosos como muestra de los grandes tesoros de que dispusieron, y que en su pacífica y casi humilde existencia pusieron únicamente su cuidado en gobernar sabiamente á sus vasallos poco numerosos, para que viviesen tranquilos, felices y contentos al amparo de su paternal autoridad.

Uno de estos príncipes fué el padre de Manfredo, que nunca mantuvo ejércitos, porque no entraba en sus cálculos el extender sus dominios una pul-

gada más allá de los estrechos límites del reino que había heredado, ni tuvo más gente armada que la necesaria para dar á su palacio decoro más bien que custodia, puesto que sin un solo soldado hubiera vivido tan respetado y querido de sus súbditos como pudiera estarlo rodeado de numerosas legiones. El amor y el cariño de los pueblos es la más segura defensa de los reyes.

Casimiro, que así se llamaba este virtuoso monarca, no tuvo más hijo que á Manfredo, el cual debía ser naturalmente heredero de su corona, pero con ella quería su padre que heredase también su bondadoso y pacífico carácter, como así también su noble y honrado propósito de consagrar toda su diligencia á labrar la dicha y el bienestar de sus súbditos, administrando justicia con equitativa y prudente imparcialidad, para hacerse digno del aprecio y del respeto de todos ellos.

Fijo en este laudable propósito, su principal esmero lo puso en elegirle desde niño un maestro que, además de adornar su inteligencia con todos los conocimientos útiles que pueden ennoblecer el alma de un príncipe y darle el suficiente discernimiento é ilustración para administrar justicia y velar por los intereses de su pueblo, supiera inculcar en él el amor á todas las virtudes y adiestrarle en la práctica de ellas; pues sabía que mal podrá un príncipe moralizar las costumbres de

sus súbditos y fomentar en su reino el ejercicio de las virtudes si no las posee él mismo, y con el ejemplo más que con la autoridad las impone.

Habia en su reino un hombre sabio y de austeras costumbres, modesto además y bondadoso, pero pobre y exento de ambición. Llamábase Calixto, y gozaba tal reputación de sabiduría, afabilidad y honradez, que el rey Casimiro lo llamó á su corte y le rogó encarecidamente que se encargara de la educación del príncipe Manfredo para hacer de él un soberano digno de regir á su pueblo cuando la suerte le llamara á ocupar el solio. Aunque al principio opuso algunos obstáculos su modestia, vencido por los ruegos del bondadoso monarca, Calixto aceptó por fin el honroso cargo de preceptor del príncipe Manfredo cuando este sólo contaba diez años de edad.

A fin de que en su educación, tanto corporal como intelectual, pudiera aprovechar más libremente todos los recursos de su claro ingenio, apartando al príncipe de cuanto pudiera distraerle de sus útiles lecciones, acostumbrándole á aquella sencillez y naturalidad tan ajena á los hábitos de la vanidad y del orgullo, dispuso el rey que Manfredo y su preceptor habitaran en una quinta situada en el campo, muy lejos del bullicio y esplendor de la corte y en medio de los sencillos atractivos de la naturaleza, que debía ser principal objeto de su estudio. La grata soledad del campo predispone, en efecto, para la meditación, además de favorecer notablemente el desarrollo físico de los niños, dándoles la robustez que en la atmósfera de las ciudades no es fácil puedan adquirir. La quinta que habitaban Manfredo y su maestro Ca-

lixto, estaba situada en la falda de una colina que á su espalda tenía un monte y al frente el extenso panorama de una vega fertilísima, en donde había campos en que se cultivaba el trigo y otras semillas útiles, verdes viñedos, huertos frondosos llenos de árboles frutales, y, por último, hermosos prados que fertilizaba un río no muy caudaloso, pero de clara y mansa corriente. Algo más lejos terminaba el horizonte la majestuosa extensión del mar, que en último término confundía su verdosa superficie con el diáfano azul del cielo.

En la quinta colocada en tan pintoresca situación, teniendo á la vista las más sorprendentes maravillas de la naturaleza, servidos únicamente por cuatro ó cinco criados, habitaban el príncipe Manfredo y su sabio maestro. Fuera de las horas que dedicaban al estudio de las ciencias físicas y morales, y el necesario descanso del cuerpo, invertían las demás en agradables excursiones, ora por el agreste monte, ora por la fértil campiña, ó en las márgenes floridas del río, ó buscando la sombra bajo las oscuras alamedas de los huertos: algunos días llegaban también á la arenosa playa del mar para admirar más de cerca su grandeza, y recoger en su orilla lindísimas conchas de variada y caprichosa forma que la marea en su reflujo dejaba sobre la húmeda arena.

En estas diarias excursiones sostenían Calixto y su discípulo interesantes diálogos, en que éste, con la natural curiosidad del niño, pedía á su maestro explicación de todas aquellas cosas que llamaban su atención, y escuchaba complacido para guardarlas en su memoria las luminosas enseñanzas del

sabio preceptor, que procuraba adaptarlas á la comprension de su jóven discípulo. Otras veces conversaban sobre las máximas morales que habian sido objeto de la leccion del dia, y que ampliaba el honrado Calixto con provechosos ejemplos que las grabáran más fácilmente en el alma del jóven príncipe.

II

—Decidme, mi querido maestro, preguntaba Manfredo en una agradable tarde del otoño mientras paseaban por el campo, de todos los vicios que con más cuidado debemos evitar, ¿cuál os parece el más aborrecible y repugnante?

—Yo te lo diré, Manfredo, pero quisiera ántes que me dijeras cuál es, en tu opinion, el vicio más odioso y perjudicial, y el que más repugna á tus inclinaciones.

—Paréceme á mí, reflexionando en ello, que el vicio más detestable será sin duda el de la mentira.

—Es efectivamente uno de los más odiosos, hijo mio, y aquel que quisiera yo que con más cuidado huyeras, por lo mismo que en tu edad suele parecer el más inocente y menos nocivo. El faltar intencionalmente á la verdad supone un fondo de perversion y maldad que hace al hombre un embustero apto para toda clase de delitos, y lo predispone para todos los vicios, puesto que cree que con la mentira ha de poder ocultarlos todos á la vista de la sociedad. El embustero se habitúa al engaño, y llega á ser hipócrita y traidor. No puede merecer nunca la confianza de sus semejantes, que siempre que le oigan hablar sospecharán que los engaña, y en sus labios hasta la misma verdad es siempre sospechosa.

El mentiroso no puede ser amigo leal, porque le falta la sinceridad, que es la primer base de la confianza. No puede ser tampoco prudente consejero ni persona de recto juicio, puesto que para él, poco más ó ménos, el mismo valor tienen la verdad y la mentira. Por eso me parece que nunca te recomendaré lo bastante el amor á la verdad y á la sinceridad, que es su compañera, aunque veo con gusto que la falsedad y la mentira te causan una justa repugnancia. El hombre que no sabe ocultar la verdad tiene adelantada la mayor parte del camino para sustraerse al reflujo de todos los vicios, en razon á que no sabria ocultar ninguna falta que cometiera, y por evitarse la vergüenza y confusion de confesarla cuando se le preguntára, ha de procurar naturalmente que todas sus acciones sean de aquellas que pueden declararse sin rubor delante de todo el mundo. Pero aparte de lo repugnante y feo que es el vicio de la mentira, creo yo que hay otro más odioso y más horrible.

—A ver, tengo grandes deseos de saber cuál es.

—Pues bien, hijo mio, es la ingratitud.

—Es verdad, no me acordaba yo de que ese vicio existiera.

—Esa sencilla declaracion te honra mucho, hijo mio; no debes acordarte de que existe ese vicio, sino para aborrecerle con toda tu alma, y áun creo que al llamarle vicio le hacemos mucho favor, porque en realidad es un crimen y áun algo peor, porque muchos criminales hay que merecen compasion, y el ingrato no la merece nunca.

—Por mi parte, sé decir que seria el delito que castigaria con más rigor.

—Y harias muy bien, Manfredo; al

ingrato no se le debe perdonar nunca. Pues bien : ¿qué pensarás, hijo mio, cuando te diga que con ser tan aborrecible y digno de inspirar á todo el mundo repugnancia, la ingratitud es uno de los vicios más comunes en la humanidad, y en el cual á veces se incurre sin apercibirse de ello? No parece sino que es innato y propio en la naturaleza humana, como que se engendra en el egoismo y en él tiene su raiz.

Todos los hombres tenemos algo de ingratos, porque la ingratitud no se

limita precisamente á pagar un beneficio con una ofensa ó un agravio ; ingratitud es tambien el mostrarse indiferentes á un favor recibido y el no conservar eternamente su memoria. El que se olvida de que ha recibido un bien de otro, ó un favor, por insignificante que sea, es un ingrato. Mira tú si hay cosa más comun en el mundo que dar al olvido, pasado algun tiempo, los beneficios que se nos hayan dispensado.

P. D. MONTES.

(Se continuará.)

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

SEGUNDA PARTE

(Continuacion)

XXX

LOS CUERPOS REDONDOS

Próximo estaba, lectores queridísimos, el fin de la cátedra de Carlitos; y no tengo para qué deciros que próximo está tambien el término de este trabajo, seguramente demasiado largo para quien, como vosotros, estará dotado de gran impaciencia.

Los cuerpos redondos iban á ocupar la explicacion de mi queridísimo amigo, y con ellos terminaba la presentacion de los cuerpos, restando sólo, despues de explicados aquellos, hablar de los volúmenes de todos en general.

Estamos, pues, cerca del fin; fin que yo sentiria llegase, si despues no pu-

diese mi imaginacion quedar unida á vosotros por medio de esa comunicacion que existe siempre entre aquellos que se encuentran ligados por un mismo sentimiento.

Para vosotros se han escrito las páginas que han precedido á la que hoy leéis de este tratadito; para vosotros solos he ido yo, palabra tras palabra, dibujo tras dibujo, encadenando esto que no sé si habrá sido digno de fijar vuestra infantil atencion. Pero dejo esto para encontrar á Carlitos, que iba á empezar su explicacion de los últimos cuerpos. Oidle, niños queridos; oidle, ya que él puede mejor que yo cautivar vuestra atencion.

—Esta tarde, mis queridos amigos, decia el infantil profesor, esta tarde

vengo á presentaros los últimos cuerpos que debéis conocer. Son todos redondos; en ellos no hay esquinas ni aristas: no hay mas de estas que las que marcan la union de las bases, y eso en dos de ellos solamente.

¿Quereis saber los nombres de esos cuerpos?

Voy, pues, á escribirlos.

Carlitos tomó su lápiz, y escribió las tres palabras siguientes:

Cono, cilindro, esfera.

—Hé aquí, continuó, los nombres que deseais saber. Ahora es preciso daros á conocer los cuerpos cuyos nombres veis escritos.

—¿Os acordais del pilon de azúcar que nombré en una de mis pasadas explicaciones? Supongo que sí, y puedo deciros que en él teneis casi *un cono*. No lo es exacto, porque no termina en afinada punta, que si así fuera, perfecto cono el azúcar presentara.

Quisiera, en verdad, poder daros una exacta definicion de esta figura; pero temo hacerlo, pues difícil será que pueda estar al alcance de vuestra sencilla inteligencia. Si á un libro de geometría llegárais, veríais que en él puede decir lo siguiente:

Cono es un cuerpo redondo originado

por la revolucion de un triángulo rectángulo que gira alrededor de uno de sus catetos.

Esto no lo entendeis: lo sé sin que pretendais decírmelo. Por desgracia, os seria sumamente difícil encontrar un libro en que pudiérais comprenderlo; pero necesitais que yo os lo diga, y me veo por esto sumamente apurado.

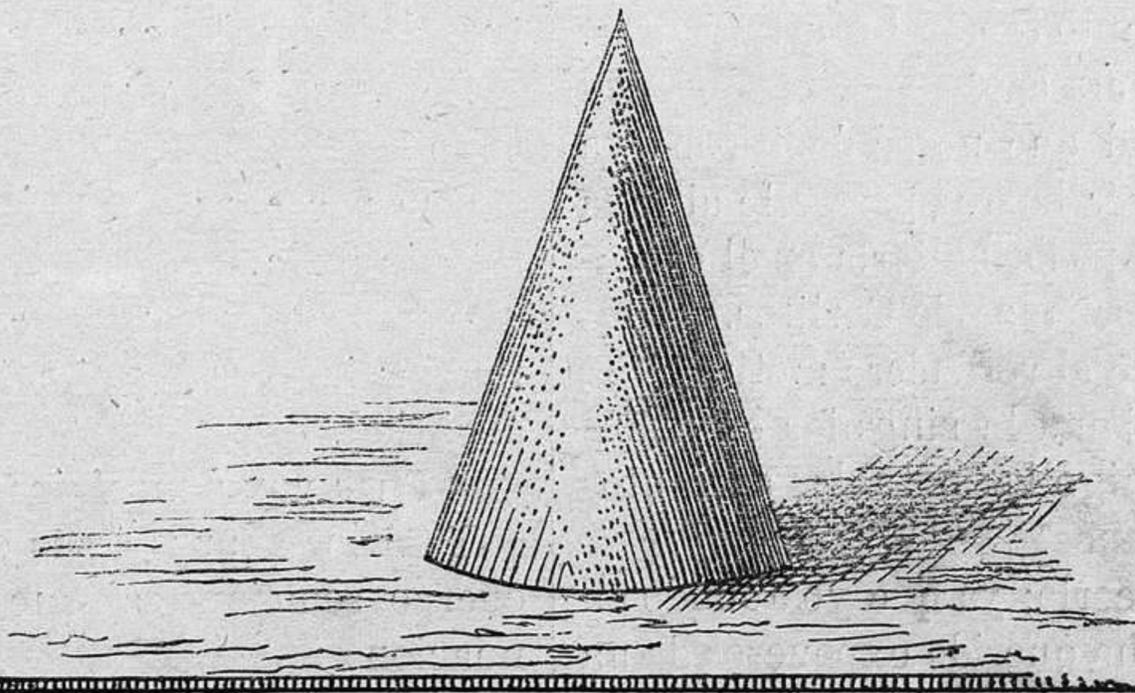
¿Qué hacer?

No lo sé; pero voy á procurar explicaros el origen del cono.

Tomais un triángulo rectángulo, uno de esos pequeños instrumentos que se llaman escuadras; lo fijais sobre un cateto, y tomais entre vuestros dedos la punta más lejana al lado sobre que descansa el triángulo: hecho esto, haceis que la figura dé una vuelta completa, de modo que no varíe de lugar el cateto que no se fijó; si la hipotenusa del triángulo hubiera podido marcar en el aire los puntos que ha recorrido, ellos marcarian el cuerpo de que tratamos.

Nada de esto, lo sé seguramente, necesitais para conocer el cono; el pilon de azúcar os lo presenta, si considerais que termina en verdadera punta.

Vais á ver, pues ya es tiempo, uno de estos cuerpos.



Después que los geómetras le hubieron visto, hízoles notar mi amigo Carlos que la base del cono es un perfecto círculo, cosa que los niños habían desde luego comprendido.

—Notad bien, decía Carlitos, cómo los conocimientos adquiridos son ahora necesarios; notad cómo lo que ya conocemos se presenta de nuevo á cada momento.

—Por eso, dijo Estéban, he fijado siempre la mayor atención en tus explicaciones, tanto que recuerdo perfectamente lo anteriormente explicado.

—Y yo también, exclamó Luis.

—Yo creo que todos Vds. estarán á una misma altura de conocimientos, y celebro esto tanto más, cuanto que pronto vais á celebrar vuestro examen, y á dar una muestra de vuestros adelantos. Ya sabreis, supongo, que el señor director de vuestro colegio ha determinado que empiecen dentro de cuatro días los exámenes.

—Me alegro mucho, dijo Ricardo.

—Y yo también, prorumpió Gonzalo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Todos los niños se alegraban, queridos lectores, de la proximidad de esos actos que tanto temen los estudiantes.

¿Por qué era eso?

En verdad que no sé decíroslo, ya que de querer buscar para ello alguna causa, sólo podía hallarla en el carácter de la enseñanza de Carlitos.

¿Sería este el verdadero motivo?

¿Se deberían á la singular enseñanza de mi amigo los notables adelantos de sus alumnos?

Quiero creerlo; ya que yo abundo en esas ideas, he querido exponeros de un

modo fiel esa misma enseñanza, las mismas explicaciones que los niños, vuestros amiguitos, recibieron.

Pero me distraigo demasiado, y haría este artículo interminable si no procurase presentaros la continuación del discurso de mi amigo Carlitos. Por esto, daré á él la palabra, por un momento usurpada.

—Un nuevo cuerpo, decía, vais á conocer, *el cilindro*. Difícil es la definición de éste; tanto como la del cono. Sin embargo, una barra redonda os presenta un perfecto cilindro.

Una barra redonda, he dicho, queridísimos lectores; en ella teneis ese cuerpo que vosotros habeis visto muchas veces. Un rodillo, un lápiz ordinario y otros muchísimos cuerpos, tienen una figura cilíndrica.

Este cuerpo tiene siempre dos bases, y si quereis dar de él una definición científica, podeis decir lo que sigue:

Cilindro es el cuerpo formado por la revolucion de un rectángulo que gira sobre uno cualquiera de sus lados.

Sin pararme en esto, porque no está escrita para vosotros esa definición, os diré que el lado sobre que gira el rectángulo para formar el cilindro, ó aquel sobre que pueda hacerlo el triángulo para construir el cono, marcan la altura de estos dos cuerpos.

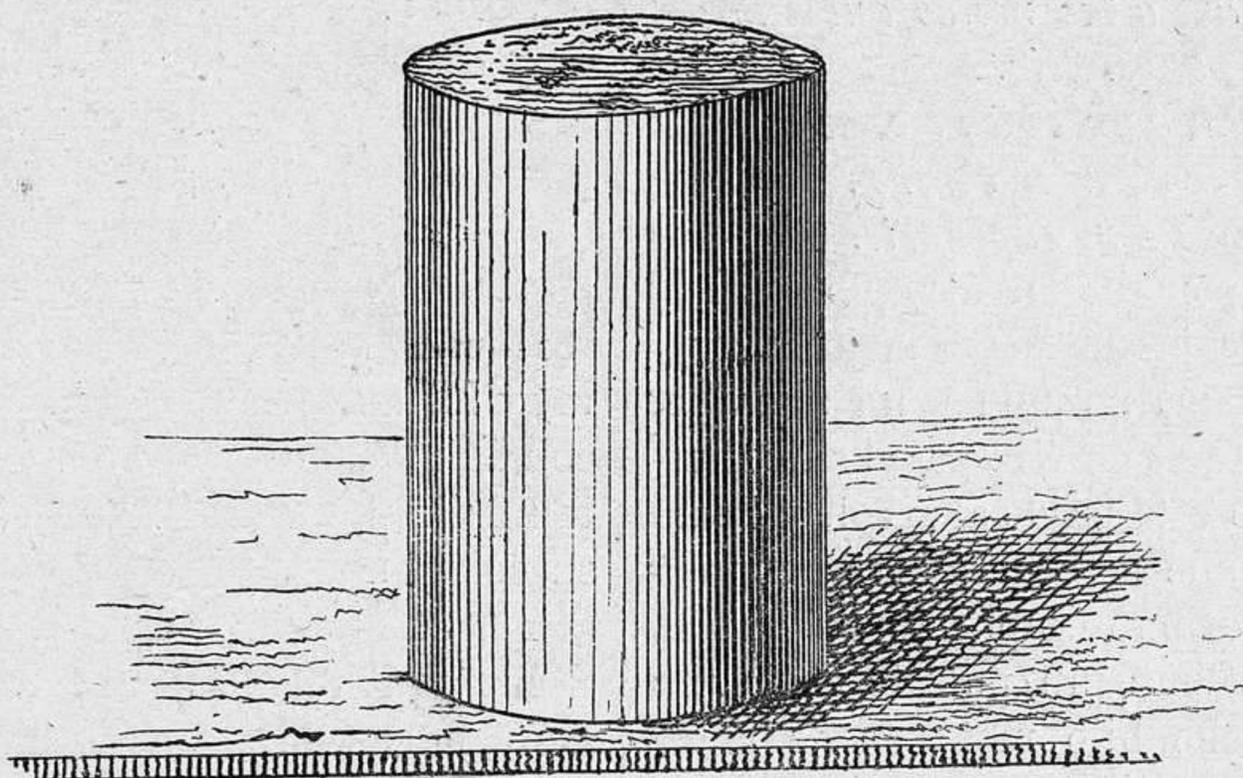
Después de esto, ¿qué os parece oportuno?

Que nos presentes el cilindro, direis sin duda.

—¡Sí, sí! Deseamos verlo, exclamaron los infantiles geómetras con viva ansiedad.

—Pues voy á mostrároslo.

Y Carlos expuso á sus camaradas un cuerpo semejante al que veis á continuación:



El cilindro gustó mucho á los niños, y muchos de ellos tuvieron deseos de poseer uno, aunque para ello tuvieran necesidad de construirlo. Esta idea, sin embargo, desapareció bien pronto ante el nuevo cuerpo que presentó y explicó el jóven é inteligente Carlitos.

¿Cuál sería este cuerpo?

Uno que vosotros conoceis; uno que os sirve en vuestros juegos: una pelota.

¡Una pelota!

Pues sí, y muy grande y muy bonita, por cierto.

Pero direis que la pelota debe tener otro nombre geométrico; ¿no es verdad?

¡Ah, sí! se llama *esfera*.

Y pues es Carlitos, y no yo, el profesor de geometría, oid sus palabras:

La esfera es un cuerpo redondo, cuya superficie tiene la particularidad de que todos sus puntos están á igual distancia de otro interior que se llama centro.

¿Os acordais del círculo y de la circunferencia? Si así es, notareis que la esfera es entre los cuerpos lo que la

circunferencia entre las figuras planas.

La esfera os es muy conocida: las pelotas con que jugais, los globos colorados que, llenos de hidrógeno, llevais á veces atados á un hilo, son perfectas esferas.

¿Cuántas veces habreis jugado con una pelota sin saber el nombre de lo que tirábais y recogíais á cada momento!

¿Cuántas veces habreis hecho que vuestros papás os compren un globo, que tal vez habrá subido por el aire si el hilo se ha roto, dejándoos sumidos en la mayor amargura!

Y no sabíais que aquella era una esfera perfecta como la que yo pudiera presentaros, porque aún no habíais leído las explicaciones que os he presentado de mi amiguito el jóven profesor. Esto os demuestra una cosa: que la ciencia está relacionada con los hechos más triviales de la vida; que es necesaria al hombre aún para aquello que éste ménos se figura.

Pero sigamos oyendo á Carlitos.

En la esfera, como en la circunfe-

rencia, hay que considerar los radios. *Se llama así á las rectas que van del centro á la superficie.*

Diámetro, ó más bien eje, es la recta que, pasando por el centro, toca por sus extremos á la superficie.

Voy á poner un ejemplo, por si quereis comprender esto mejor.

Tomais una naranja y un alambre, que introducis en ella por el sitio donde el fruto está unido al árbol, y de un modo tal que dicho alambre venga á salir por el punto opuesto en que la naranja ostenta un puntito negro. Si cortais dicho hilo metálico de modo que nada de él aparezca fuera de la fruta, tendreis el eje, y en la mitad de él el radio.

Y puesto que he nombrado la naranja, voy á haceros notar una particularidad.

Si cortais una de esas frutas con un cuchillo, habreis notado que siempre el corte os presenta un círculo. De aquí debeis deducir lo siguiente:

Toda seccion ó corte causado por un plano en una esfera, es un círculo.

Y pues de seccion os hablo, puedo deciros tambien *que si el plano divide á la esfera en dos partes iguales, cada una de estas se llama hemisferio.*

Esto decia Carlitos á sus jóvenes discípulos, y poco despues les enseñaba una bonita bola que traia dividida

en dos partes. Desde luego os la presentaria si no fuese cosa para vosotros muy conocida. Todos tendreis seguramente una pelota, todos habreis visto una bola de billar; por esto es inútil dibujaros lo que tantas veces habeis podido considerar. Carlos terminó su leccion con la presentacion de la esfera, y los niños se retiraron á sus casas con ánimo de estudiar mucho, ya que tan próximos estaban los exámenes de su colegio.

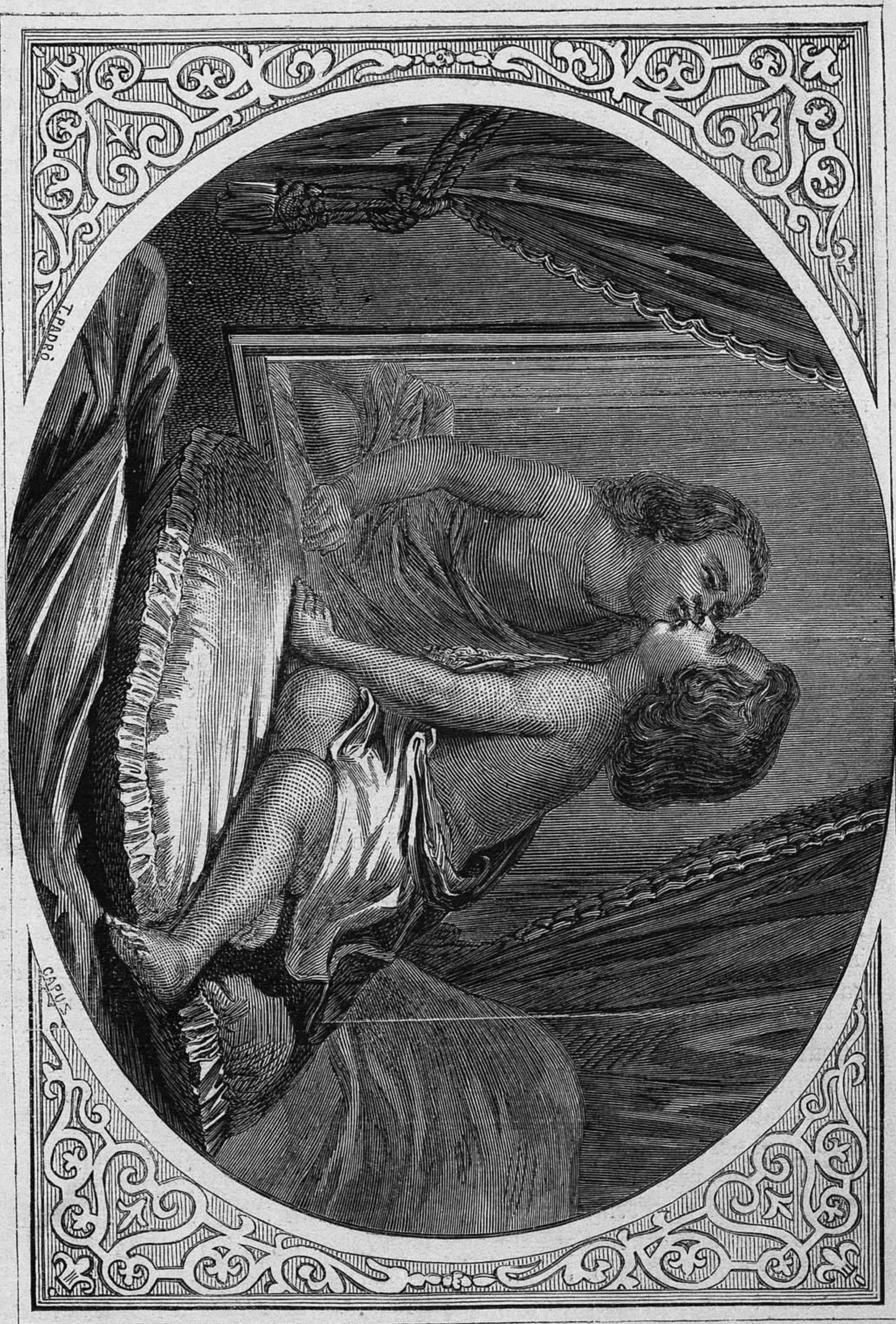
Yo, para terminar este artículo, debo deciros que mi amigo el profesor dió al siguiente dia su última leccion de geometría, y con esto os digo, como al principio de este articulito, lo próximo que está el fin de este trabajo.

En efecto, sólo me resta esponeros la explicacion de mi amiguito el profesor sobre los volúmenes de los cuerpos; explicacion con que dió fin á sus tareas de catedrático; y despues de hecho esto, deberé manifestaros el fruto de esas tareas, el resultado de la cátedra de Carlitos.

Pronto, pues, demasiado pronto para mí, aunque tal vez excesivamente tarde para vosotros, tendrá fin este tratado que ha ocupado vuestra atencion más de una vez, como tambien más de un número de esta ilustrada Revista. Aún hoy puede todavía despedirse de vosotros para el siguiente número,

E. THUILLIER.





EL NIÑO Y EL ESPEJO

HISTORIA NATURAL

LA MUSARAÑA

La semejanza es una fatalidad: ser parecido á un bribon expone á numerosos lances desagradables y á un desastre final. La musaraña, que se parece al raton, paga el daño que no ha hecho. Se la coge con facilidad, ya sea porque corre mal, ya porque el espanto la paraliza, sea porque tiene los ojos débiles y pequeños de los crepusculares; el campesino nunca tiene piedad para ella; el gato, á pesar de que no la come, la mata; el niño la sacrifica. ¿Y por qué todo esto?

Nadie lo sabe á punto fijo; lo cierto es que hay, como este, animales privilegiados.

Consultad al hombre de campo: os dirá que la musgaña ó musaraña muerde á los caballos.—¡Bendito sea Dios! ¿por qué decir esto?—y atribuirle la hinchazon de las patas de los caballos, que sólo son debidas á la falta de limpieza y á la humedad de las cuerdas, sin olvidar la vejez y las fatigas del trabajo, generalmente excesivo.

Consultad al trillador de granos y os asegurará que la musaraña come grano ¡Pobre animal! ¡Un insectívoro! Es como si nosotros quisiéramos pacer la hierba; aún peor, pues nosotros somos omnívoros y poseemos en nuestra boca los dientes, muelas y colmillos para poder comer de todo. Pero la musaraña no tiene instrumentos más que para presas que tengan, si así podemos decirlo, corteza y concha.

Lo que es muy cierto es que, mientras dura el verano, la musaraña vive de insectos, de gusanos y de otros animales parecidos, de los cuales hace una caza incesante.

Las musarañas se parecen mucho, como pelaje, color y formas generales, á los ratones ó turones; pero se le reconoce fácilmente á causa de la especie de trompa que termina su hocico, y por su cola desnuda, pero cubierta de pelos tiesos, claros y cortos. Viven de insectos, de arañas, de gusanos, de larvas, crisálidas, etc. Aun cuando en invierno debiese comer algun grano, sus extensos y buenos servicios pagarían con creces sus pequeños destrozos. Además, esos animales se devoran entre sí.

Las musarañas habitan solitarias agujeros en la tierra ó en las paredes, debajo de las malezas, de los espinos y en los alrededores de nuestras granjas y viviendas. Rara vez salen durante el día. Si se juzga por sus nervios especiales, su vista es muy poco desarrollada, y es evidente que tienen dentro de la trompa un instrumento muy delicado que debe compensarles la pérdida casi total de la vista y prestarles grandes servicios. En cuanto á nosotros, combinando esas caprichosas condiciones de organizacion, nos parece evidente que la musaraña es un escarbador por el estilo de la chocha, no en sitios blandos, sino en las tier-

ras secas de las paredes, al pié de los setos y de los árboles; en fin, en los sitios donde millares de insectos acostumbra á esconderse para sufrir ocultamente su metamorfosis. ¿De qué le habria servido la vista si únicamente puede buscar los insectos grandes y chicos con que se alimenta socavando y tocando con su nariz debajo de los setos y forrajes acumulados?

A nuestro modo de ver, la musaraña es el topo de nuestros graneros. Lo que lo prueba es que pasa el verano en los bosques, bajo la espesura de los setos, escondiéndose en los agujeros de los árboles, los huecos de las peñas, y sale por la noche para escarbar en las hojas amontonadas, absolutamente lo mismo que en invierno, cuando vendrá á nuestras granjas escarbará los montones de grano, de heno, acumulados alrededor de los graneros.

Al lado de la musaraña comun ó terrestre, de la que acabamos de trazar la historia, se encuentra en toda Europa la *musaraña acuática*, representada tambien en la serie insectívora, pero carnívora siempre, así como tambien los tipos roedores, pero omnívoro y frugívoro, del *mur-*

ciélago terrestre y del *murciélago rata de agua*. Esta especie vive en los arroyuelos mansos, y se alimenta evidentemente en ellos de los numerosos y grandes insectos acuáticos que pululan en medio de ellos: *díticos*, *hidrófilos*, *friganes*, *notonectos*, etc., etc., larvas de *libéllulos* y otros mil, lo cual hace que la musaraña de agua es bajo este punto de vista, sin contradiccion, un precioso ayudante para los piscicultores.

Pero, ¿no es de temer que al mismo tiempo sean puestos en amplia contribucion los pececillos, sobre todo los que la vesícula seminal hace imposible que naden durante las primeras semanas de su vida, como los asalmonados (*truchas*, *salmones*, etc.)? Únicamente, en presencia del organismo, sin observaciones ciertas, no podemos hacer más que expresar nuestros temores y decir que la desconfianza será prudente en esta ocasion.

Fuera del punto de vista del piscicultor, la musaraña de agua, lo mismo que su hermana de tierra, es útil.

Es un amigo cierto, pero desdeñado y desconocido del horticultor.

EL MONITOR DE LOS NIÑOS

Un ilustrado catedrático, hombre de gran ciencia y excepcionales merecimientos, incansable en la hermosa tarea de propagar la instruccion, acaba de publicar con el título que encabeza estas líneas, un precioso libro que no vacilamos en asegurar es uno de los más útiles y más bellos que para la infancia se han compuesto en España.

Contiene este libro todo lo que el niño debe aprender: el silabario, ejercicios de lectura, signos ortográficos, oraciones religiosas, máximas morales, nociones de historia sagrada, aritmética, geometría, geografía, historia de España, etc., etc.

Todo esto se halla encerrado en muy pocas páginas y admirablemente explicado con la mayor sencillez.

Sentimos no poder revelar el nombre del autor de este útil libro; pero debemos respetar su modestia; él no ha tenido por conveniente publicarlo al frente de su obra.

Y concluimos dándole las más expresivas gracias por haber copiado en la cubierta del libro alguna página de nuestra Revista, acompañándola de un lisonjero elogio, que el director de Los Niños agradece profundamente al distinguido autor de *El Monitor de los Niños*.

COGER NIDOS



Hay juegos en la infancia
que debeis evitar continuamente,
porque del bien denotan la ignorancia
y el corazon os dañan lentamente.
Entre los malos juegos prohibidos,
forma en primer lugar el coger nidos.

Vosotros que gozais de la ternura
que os ofrece sin tasa
el maternal amor, cuya ventura
estriba en la ventura de su casa ;
vosotros que observais dia tras dia
con qué tenaz empeño
al trabajo consagra su porfía
vuestro padre , privándose del sueño ;
meditad que en el árbol escondido
tiene el ave sencilla su tesoro ;
que abandona su nido

en busca de alimento ,
y si al volver lo encuentra destruido ,
su triste queja comunica al viento :
y el inocente hijuelo
que el maternal cariño sostenia ,
débil aún para lanzar su vuelo ,
privado del sustento que tenia
ántes de ver su nido por el suelo ,
sin calor ni cariño ,
de hambre y dolor se muere ,
mirando con tristeza al mismo niño
que con su juego sin piedad le hiere.

Por eso dije ya , niños queridos ,
—y no juzgueis que lo repita extraño,—
que existen muchos juegos prohibidos,
si por juego entendeis el hacer daño
destruyendo á las aves en sus nidos.

M. OSSORIO Y BERNARD.